





ALINA
SEMBLANZA DE UNA ABERRACIÓN



Fernando Lucas García Siles

ALINA
SEMBLANZA DE UNA ABERRACIÓN



Primera edición: enero de 2018

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Fernando Lucas García Siles

ISBN: 978-84-17362-04-1

ISBN digital: 978-84-17362-05-8

Depósito legal: M-35486-2017

Editorial Adarve

C/ Alameda del Valle 34

28050 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a todas las Alinas y Karmenes de este mundo.
Mujeres ,valientes, decididas y transgresoras. Capaces de
luchar contra la sociedad y su propia naturaleza. Mujeres
en su más pura y desgarradora esencia. Para que su
incesante búsqueda de la felicidad se vea,por fin, justamente
recompensada. Se lo merecen. Sinceramente.*



«El amor es la más maravillosa y humana de las ficciones»

«La vida no es sino una sucesión interminable de obsesiones insatisfechas»





CAPÍTULO I

No creo que hubieseis visto una luna igual, llena de esplendor, inmaculada entre los millones de gotas de agua helada que infructuosamente intentaban ocultarla de la vista de aquellos afortunados que se hubiesen parado a considerarla. Reinaba en aquel cielo cerrado, encapotado por aquellas ennegrecidas nubes que, obstinadas, regalaban al común de los mortales aquella bendición de lluvia, tan añorada y tan necesaria. No, aquellos cúmulos azabache no osaban interponerse delante de aquel satélite que tanto respeto les inspiraba. No se atrevían siquiera a rozarle y, temerosos de él, se amontonaban a su alrededor custodiándole, mimándole, protegiéndole de todo aquello que intentase profanar tanta hermosura.

Si fueseis observadores os daríais cuenta de cómo su belleza era contemplada por su más profundo y rendido admirador. Si echáseis una ojeada, veríais cómo un ser casi tan hermoso como ella —como aquella maravillosa luna— no apartaba su mirada un solo instante, deseando acaso ser parte de ella, subir a los cielos donde residía, ser tan omnipresente. El Ángel Caído —aquel bronce tan bellamente forjado hacía más de cien años y que fuese en su día la única estatua dedicada al señor del averno, a Lucifer, a la mano derecha del creador— la contempla. Su mano le cubre los ojos y sus alas se despliegan para que la pertinaz tempestad no le impida contemplar tanta belleza.

Si los vieséis con mis ojos, no dudaríais en pensar que aquella estampa, en aquella noche clara, húmeda y fría, era el más apropiado de los escenarios para lo que iba a acontecer. Que todo lo que ocurrió fue perfecto, que nada os debería de hacer borrar vuestra estúpida sonrisa, que un corazón limpio como el mío quedó saciado.

*

—¡No, mis hijas no! ¡Nunca serán vuestras, hijos de puta!

La más bella de las mujeres, alta, rubia de cabello alborotado, de sensuales labios cortados de sufrimiento, ojos de almendra, de un marrón tenue y provocador, inyectados en sangre; gritaba a los cuatro vientos intentando infructuosamente que, quien fuera, le ayudase en aquel trance. Pero estaba sola, peor,



solo la acompañaban aquellos que, según ella, solo querían su desgracia; aquel hombre envejecido —quizá viejo— empapado y decrepito, y aquella mujer bajita, fuerte, de pelo ralo. Ambos se le acercaban mientras caminaba hacia atrás, sin percatarse de nada de lo que hubiese a sus espaldas. Pero eso, como podréis suponer en estos casos, era lo de menos. Ella solo deseaba que aquellos dos individuos desaparecieran de su vista. Cerró los ojos y lanzó al cielo unas absurdas súplicas con la ingenua ilusión de que al abrirlos hubiesen desaparecido, que la magia de aquellas palabras sin sentido y ridículas funcionasen como un sortilejo, como un encantamiento para que sus deseos se hiciesen realidad. Pero falló, cómo no iba a fallar, la magia no existe, al menos para ella que ya estaba condenada de antemano.

El hombre se le aproximaba lentamente, intentando infructuosamente dar muestras de serenidad, incluso de empatía. La mujer que le acompañaba seguía sus pasos, pero su rostro no era tan conciliador. Sus intenciones parecían manifestarse a cada paso; no debía nada a aquella rubia, quería cobrarse lo que le debía y estaba dispuesta a hacerlo a cualquier precio, fuera el que fuese.

—No habéis hecho más que engañarme durante todo el tiempo que os conozco, pero por fin he comprendido lo que queréis, y no lo vais a conseguir. Haré cualquier cosa antes de que mis hijas caigan en vuestras asquerosas manos. ¡Cualquier cosa!, ¿entendéis?

El hombre extendía los dedos frente a su rostro, le pedía calma. Su voz era susurrante y conciliadora, como si estuviese acurrucando a un niño para que se durmiese. Era amoroso, era cordial; esperaba que la fuerza de las palabras, de sus torpes, toscas y zafias palabras, fueran suficientes para atenuar tanta ira. Pero no, no lo conseguía y la embarazada de gemelas seguía gritando y gritando. La otra, la morena, perdía la compostura por momentos y sus puños se apretaban mientras una voz chillona y grotesca salía de su garganta.

—¡Eres idiota! No puedes tener a las niñas, realmente no las quieres tener.

—Son mías y de nadie más. Lo que haga con ellas es cuestión únicamente mía —se defendía.

El hombre miró hacia atrás en dirección a su acompañante.

—¡Cállate! —ordenó a la morena— Esto es algo entre Alina y yo.

Aquellas palabras, más que calmarla, la enervaron, y su sangre pareció hervir. No, no era un tema exclusivo de ellos dos, de eso estaba más que segura.

Alina seguía caminando, titubeante, insegura, tropezándose a cada instante con obstáculos imaginarios. Por fin su leve y esbelto cuerpo de modelo —afeado a duras penas por su voluminoso vientre— se topó con la fuente de aquella

solitaria glorieta. Sus posaderas dieron con el duro suelo, pero no sintió el más mínimo dolor; su mente no estaba para aquellas minucias, sus lágrimas no eran por aquel estúpido accidente, su dolor era tan intenso que nada de lo que pudiera pasarle podría afectarle. No se incorporó, solamente giró la cabeza y vio como en un sueño aquel pedestal de granito en forma de pirámide truncada y las infames carátulas de bronce de diablos que sujetaban lagartos, delfines y serpentes. Su lánguida mirada los repasó uno por uno y supuso que no podrían haber mejores testigos para tan macabro espectáculo. Pero al levantar sus desidiados ojos se percató de su error; allí estaba aquella impresionante imagen del más bondadoso de los ángeles, caído en desgracia por su soberbia. Sí, aquel sí que era digno de presenciar la inminente ejecución, no cabía la menor duda.

*

Supongo que sois de la convicción de que el destino o está escrito en las estrellas, o es algo que vais construyendo con vuestras propias acciones a lo largo de vuestra miserable vida. Tan seguros estáis, sea cual sea la idea que os acompañe, que no acertáis a ver más allá de la propia esencia de este juego, de este entretenimiento que manipula la existencia de todo aquel que se digna a habitar este mundo. Os doy fe de ello; el devenir de los acontecimientos que jalonan cada uno de vuestros días no es más que un divertimento de dioses, de demonios traviesos, de fantasmas errantes, de seres etéreos y maquiavélicos cuya única razón de ser es vuestra propia desgracia con la que satisfacer su ego. Y es así como os arrastráis por este mundo, achacándoos a vosotros mismos las culpas de todo aquello que os desazona, o al prójimo, o al dictamen de conjunciones astrales sin sentido.

No, os aseguro que sois las pobres víctimas de las ocurrencias de entes incontrolables, arbitrarios y caprichosos, dispuestos a hacer de vosotros unos pobres desdichados. Pondrán delante de vuestros ojos los más dulces manjares y os harán creer que están a vuestro alcance para luego arrebatároslos de la forma más despiadada por el mero hecho de reírse a carcajadas, de veros sufrir y de sentirse todavía más superiores, si cabe.

Es así. No sé si obro bien en descubrir esta verdad a seres de naturaleza tan ínfima, pero supongo que esto forma parte de mi burla continuada hacia vuestra ruín estirpe, y eso me agrada mucho, os lo aseguro. Me seduce la indefensión que manifestáis, la debilidad de mentes y cuerpos, como os debatís entre aquellas dudas que, de forma tan aleatoria, se os ponen ante las narices. Si fueseis como yo, —si fueseis yo—, os daríais cuenta de la satisfacción que



produce la desesperación humana, comprobar cómo os debatís en la duda, en la desesperación y, acaso, en la locura. Pues bien, me veréis jugar a los dados de la fortuna, cargados siempre a mi favor. Me veréis barajar las cartas del tarot marcadas para mi beneficio y solaz. Y lo peor del caso es que creeréis que la diosa fortuna alguna vez os podrá sonreír; así sois de ingenuos, de crédulos y de incautos, porque sois humanos, y vuestra débil naturaleza hará creer que siempre existe alguna oportunidad para la felicidad. No sabéis lo equivocados que estáis, pero en el fondo eso os honra y hace que mi juego sea más divertido y excitante.

Y como ejemplo de esto que digo os podría contar esta historia con la que me divertí mucho, aunque realmente me importa bien poco lo que llegéis a pensar o a sentir, que apenas si tenéis importancia, que sois poco menos que nada, que sois inmundicia, pero me hacéis gracia... sinceramente.

*

Ignacio estaba terminando de planchar su traje de guarda jurado. No lo hacía de buen grado y no lo hacía bien. De hecho, quedaba casi tan arrugado como antes de someterse a aquella operación de torpe cosmética, y era algo superior a sus fuerzas. Sandra, la que pronto sería su ex mujer y con la que vivía por razones que no vienen a cuento, se reía a hurtadillas de aquel individuo tan torpe y nihilista. Se preguntaba continuamente cómo se pudo haber casado con él, aquel despojo emocional que nunca puso atención ni intención a nada de lo que hacía el común de los mortales. Sin embargo, allí lo tenía, planchando de cualquier manera su ropa de trabajo, porque no tenía otra alternativa, que ya le habían dado más de un toque de atención y le habían amenazado con echarle de su insufrible, tedioso y mal remunerado puesto de trabajo. Encima, después de todo, no debería de tener razones de queja, porque este empleo lo encontró al cabo de algunos meses, —bastantes—, de no haber hecho nada productivo excepto mortificarse, para lo cual tenía una indudable habilidad.

Tomó la camisa de la tabla de planchar, la miró con el poco interés que le caracterizaba y suspiró. No, efectivamente no había quedado nada bien. Estaba llena de arrugas, de pliegues hechos por la propia plancha, de alguna que otra quemadura. Ya no sabía qué hacer; por más que suponía que se esmeraba, el resultado era cada vez peor. Miraba de reojo a Sandra con la vana esperanza de que se apiadara de él pero, como ya os podréis imaginar, ella se hacía la distraída y no le prestaba la menor atención. Ya había abusado suficientemente de su confianza en todos aquellos anodinos años de convivencia como para dejarse manipular una vez más. Él no se atrevía a decirle nada, porque ya



sabía la respuesta y no deseaba que le amargasen aquella noche que, se supone, era de fiesta. Por fin, después de muchos intentos infructuosos, había formalizado una cita y realmente estaba ilusionado, en la medida que un individuo como aquel se pudiese ilusionar.

Colgó en una percha de madera la camisa, el traje y la corbata con la esperanza de que el efecto de la gravedad le ayudase a corregir todas aquellas imperfecciones que ponían de manifiesto su evidente impericia. Ahora le tocaba el turno a la vestimenta que iba a llevar para su cita. Sería muy simple, una camiseta blanca, un jersey de pico gris oscuro y un pantalón vaquero demasiado ajustado para su edad —más de la cincuentena—, aunque le gustaba pensar que aparentaba muchos menos años. Esta vez nunca sabremos si porque la ropa estaba menos arrugada o porque había puesto algo más de empeño, la verdad es que las arrugas hicieron menos acto de presencia. Ignacio estaba orgulloso de su obra mientras la admiraba levantándola delante de su ex para que se diese cuenta de que era capaz de hacer las cosas medianamente bien de vez en cuando. Se la puso, se miró al espejo para intentar disimular los defectos que todavía se apreciaban, tanto en lo que cubría su cuerpo como en él mismo, y practicó lo que suponía era la mejor de sus sonrisas.

Sandra no dejaba de observarle, socarrona. El que no llevarsen ya una vida conyugal no era razón para que le odiase o le despreciase. Supongo que su instinto fraternal le empujaba a sentir por él una especie de afinidad que podríamos definir como amistad, o pena, o resignación. Enrique, el hijo de los dos, un preadolescente enorme de apenas doce años, no hacía más que incordiar preguntando por la localización de sus cosas sin prestar atención a nada más, o casi.

—Mamá, ¿sabes dónde está mi teléfono móvil?

—No lo sé, tú sabrás. O mejor, pregúntaselo a tu padre que seguro que lo sabe.

Aquella mujer sabía cómo molestar a Ignacio. Sabía perfectamente que nunca se había preocupado de esas cosas y que aquella vez no iba a ser la primera; pero de forma indirecta sabía cómo recriminárselo y cómo hacer saber al niño que su padre nunca se había ocupado de él. No era accidental aquel tipo de contestación, que sabía disparar con munición aunque, a aquellas alturas de la frustrada relación, la pólvora ya estaba un poco mojada.

—No lo sé, Kike. Pero es tu cacharro y tú deberías de saber dónde lo metes, ¿no crees? Mamá debería de habértelo inculcado y hacerte ser responsable de tus cosas, que ya casi no eres un niño.

Enrique se encogió de hombros. Realmente era un digno descendiente de su padre y no parecía poner ningún interés en lo que le había dicho aquel cincuentón al que llamaba padre.

—¿Te vas, papá? —quiso saber el crío, aunque sin poner ningún énfasis en sus palabras.

—Si, volveré tarde. No echéis la cadena, no quisiera tener que llamar y despertaros cuando regrese.

El niño se encogió de hombros, aceptando. La mujer cerró los ojos y tragó saliva. Tenía un poco de celos de que su ex se fuera a conocer a otras mujeres, pero no tenía ningún derecho sobre él, y menos cuando fue ella la que inició el proceso de separación amistosa en el que se encontraban inmersos en aquel momento. Aunque dijese que ya estaban divorciados, en la realidad todavía faltaban algunos insufribles trámites burocráticos que sobrellevar.

Ignacio se dirigió al vestidor y cogió su abrigo de cuero negro que le había regalado una amiga y que, a su vez, heredó de su difunto padre. Era de una piel finita y suave, y cada vez que se lo ponía, pasaba frío de lo extremadamente delgada que era. Pero no importaba, porque la ocasión merecía que fuese lo mejor arreglado que supiera, o así debería de serlo, que nunca se sabe. Sacó del cajón de la mesita de noche dos preservativos —que seguramente estarían caducados— y una cajita de pastillas azules que ya tenía en el olvido; tal era su frenética actividad sexual ya casi olvidada en los confines del tiempo.

Un poco de crema antiedad para la cara, un poco de lo mismo para los ojos, un poco de agua de colonia y ya estaba preparado para afrontar lo que se le avecinaba. Se dirigió a la cocina y cogió de aquí y de allá unos spaguettis, nata, vino y algunas cosas más que se le iban ocurriendo para hacer la cena allá donde se dirigía. Ese era su compromiso antes de hacer cualquier otra cosa con la chica con la que había quedado. Quería presumir de chef delante de ella y de camino ahorrarse un buen dinero, un dinero que, por su situación, no tenía. Estaba seguro de que la conquistaría con aquel plato de pasta a la carbonara del que tanto blasonaba y que su familia tragaba porque no le querían desengañar.

Lo metió todo en una bolsa de rafia, se despidió del nene con un beso, de Nena, que dormitaba en el sofá, con otro todavía más sentido, y de Sandra con una mueca que simulaba una sonrisa.

—Os repito que no echéis la cadena, que no os quiero molestar ni quedarme en la calle.

Los que se quedaban asintieron con la cabeza y le dejaron partir aliviados, que así al menos le perderían de vista durante algún tiempo y eso, no lo dudéis, era muy de agradecer.

No era muy tarde, apenas las 20.00 hrs., y había quedado con Karmen a las 21, por lo que, en teoría, tenía tiempo más que de sobra para llegar con calma e incluso buscar aparcamiento. Bien pensado, era un poco iluso por su parte pensar que en pleno centro de Madrid iba a tener un sitio gratuito donde dejar el coche, porque aunque a las 21.00 ya no cobraban por estacionar, lo auténticamente imposible era encontrar un sitio donde hacerlo. Pero Ignacio estaba tan ilusionado con su cita que no se daba cuenta siquiera de algo tan evidente y que tantas y tantas veces había experimentado en sus propias carnes.

Salió de su casa por la entrada principal porque el vehículo lo tenía en plena calle. La plaza de aparcamiento que le correspondía por ser vecino la ocupaba su ex, que para eso era la propietaria del piso, a fin de cuentas.

Al poner los pies en la acera notó algo extraño, una sensación peculiar que no había tenido nunca. No era desagradable, no era mala, era simplemente rara, como si alguien afín a él le cogiera de la mano y le acompañara en aquel todavía corto trayecto. Veía su mano derecha medio encogida, como si otra mano la estrechase, como si le acompañasen dando un paseo por las ya oscuras calles en aquel frío diciembre. La estiró sacudiéndola, intentando zafarse de aquella presencia, y lo consiguió, no le costó mucho, pero borrar de su rostro el gesto de contrariedad os aseguro que le costó bastante más. Se relajó, se pasó la palma a lo largo del pernil del pantalón en un intento infructuoso por secársela o por eliminar cualquier resto de lo que fuese que le agarrase, no sabía muy bien.

Diez pasos más allá, sentada en un destartado peldaño que daba acceso a un local abandonado hace tiempo de la mano de Dios, se encontraba una anciana —o eso es lo que a primera vista parecía—, una gitana probablemente rumana que, tapada por entero con sus pobres vestimentas adornadas profusamente de mil motivos que las recargaban hasta la extenuación, tenía la mano extendida pidiendo a todo aquel que pasara a su lado. Ignacio sacó de su bolsillo unos pocos céntimos y los depositó en la sucia mano de la vieja, con mucho cuidado de no tocarla y ensuciarse con la mugre que allí se fermentaba durante tanto tiempo. El muy iluso creía que por dar una pobre limosna a cualquier indigente la suerte le sonreiría, que los dioses le agradecerían su altruista gesto de algún modo y que sería merecedor de la mayor de las fortunas, ¿habéis visto alguna vez una necedad igual, un iluso de tal dimensión? Supongo que si —todos los días, a todas horas—, pero este es quien nos atañe y os aseguro que es de los mayores que he conocido. La rumana —supongamos que sea de allí— le agradeció el gesto, aunque le hubiese tirado de buena gana aquellas escasas monedas a la cara, pero incluso entre los indigentes hay educación. El hombre no supo descifrar las palabras que le dedicó, pero su vanidad las tradujo en agrade-

cimiento. Asintió con la cabeza y esbozó una leve sonrisa de complicidad, porque después de aquella dádiva no podían ser más que amigos para toda la eternidad, ¿verdad? Sí, eso pensaba Ignacio y quizá tuviese razón... o no.

Una vez satisfecho por su buena acción del día, abrió el automóvil, dejó en el asiento del copiloto la bolsa de rafia con delicadeza para que la botella de rioja barato no se rompiera, se acomodó y se dispuso a arrancar. Suponía que la poca gasolina que le acompañaba sería suficiente para hacerle llegar a su destino porque, entre otras cosas, no tenía para más debido a que acababa de empezar a trabajar y todavía quedaba casi un mes para cobrar su primer sueldo. Al girar la llave notó un extraño sonido en los bajos y al dar marcha atrás el cubrecarter, una tapa que hay debajo del motor, cayó al suelo. No podía dar crédito, todo se le complicaba; allá donde mirase suponía desembolsar una cantidad ingente de dinero del que no disponía y que le sumía en una continua y asesina desesperación. Efectivamente sonaba mal, se arrodilló y miró por debajo y notó que el tubo de escape no estaba completo, salía demasiado humo. Le habían robado el catalizador. En los últimos tiempos sabía que a los ladrones les daba por robarlos, pero como era de suponer, nunca supuso que le tocaría a él. Bueno, a fin de cuentas, quizá ser tan espléndido con los indigentes no fuera tan rentable.

Probó a circular y realmente el coche se desplazaba, así que pensó que por lo menos iba a poder acudir a su cita, aunque sonase como mil demonios y un humo poluto le delatara.

*

—¡Carmelo, Carmelito!

Jessica, su madre, lo reclamaba nada más llegar a casa, después de haber estado toda la mañana de compras. Era el noveno cumpleaños del niño y estaba más que ilusionada con la tarta que traía y que había encargado hacer el día anterior. Era de chocolate, recubierta de chocolate y adornada con chocolate. Así no se equivocaba; tenía la absoluta convicción de que le gustaría y que no dejaría ni una migaja en el plato.

Dejó la tarta en la encimera de la cocina y se puso con los preparativos de la fiesta.

—¡Carmelo, Carmelito! —insistía sin obtener respuesta alguna de su querido hijo pequeño— ¿Donde se habrá metido este peque?

No hacía más que mirar y remirar el reloj, no fuera que se le hiciese tarde; los invitados a la fiesta estarían allí en poco más de 45 minutos y apenas si le daría tiempo a prepararlo todo.

—José, por favor, ¿puedes buscar al niño a ver qué está haciendo?

José era su hermano, el seminarista, el joven de la familia en los que todos habían depositado sus esperanzas para elevar el estatus de su apellido. Jess estaba orgullosa de sus buenas notas, de su buen criterio y de su recto carácter. Era el ejemplo a seguir y le gustaba que se acercase por casa, cuantas más veces mejor, para sentirse reconfortada con su imponente presencia.

—Seguro que está jugando. Iré a por él para que cumpla con sus responsabilidades. No es bueno que esté demasiado libre para hacer lo que le venga en gana. Creo que eres demasiado permisiva con él.

Ella sonreía, maliciosa. Su modélico hermano era demasiado estricto a veces, pero no exento de razón. La verdad es que el niño hacía y deshacía como le daba la gana y aquel día tan señalado era la mejor excusa para demostrar que así era.

José parecía inquieto; necesitaba que aquellos que estaban a su alrededor siguieran a rajatabla el más modélico comportamiento y las travesuras de Carmelo que, aunque inocentes, no le gustaban lo más mínimo.

—¡Vamos, hermanito! No seas tan malo; el niño tiene que disfrutar, que solo tiene los nueve años que cumple hoy.

—Precisamente. Si no le controlas desde un principio, vete a saber lo que va a ser de él cuando sea mayor. El mundo está lleno de tentaciones que hay que superar, y solo una mente bien amueblada y un espíritu digno le impedirá caer en ellas.

Ella se reía delante de su cara. Era divertido oír cómo alguien tan joven tenía una ideas tan claras y elevadas, y cómo quería inculcárselas a todo el que estuviese en su radio de acción. Pero estaba acostumbrada; toda su vida le había escuchado hablar así, predicando en un desierto de seres embrutecidos por el pecado. Sí, él, sin duda, se estaba ganando el cielo a pulso y cada día que pasaba, con cada acto piadoso que efectuaba, era más y más merecedor de estar a la derecha del creador.

—No te rías, hermana, que esto es muy serio. Pero supongo que siendo sangre de mi sangre nada deberíamos de temer.

—Anda, déjate de discursos y busca al niño que, seguramente, esté en su habitación.

A regañadientes accedió aquel aprendiz de santo. Recorrió el pasillo en silencio, deleitándose con las estampas de santos y vírgenes que lo adornaban, y ante las que se santiguaba.

No tocó en la puerta, ni siquiera avisó de su presencia, simplemente la abrió con delicadeza, sin hacer el más mínimo ruido. Metió la cabeza con el mismo sigilo y vio a su sobrinito, al pequeño Carmelo, allí vestido... y se quedó absorto.

—¡Carmelito!, ¿qué haces? —exclamó, pero en voz baja para que solo él le oyese.

El crío se dio la vuelta, alterado. Estaba tan embelesado con lo que hacía que no se había dado cuenta de que el tiempo había transcurrido. No tenía reloj, pero realmente de poco le hubiera servido porque no era consciente de lo que era el concepto de tiempo; eso no existía. Solo tenía una ilusión, una certeza, y la había llevado a cabo sin saber muy bien las consecuencias que un acto como aquel podría acarrear.

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? —continuó indignado—. No te puedes imaginar el pecado que esto supone; irás de cabeza al infierno, sin remisión.

El niño moría de vergüenza. Era aquel su modélico tío, hermano pequeño de su madre, y tenía que ser precisamente él quien le viese de esa guisa.

—Hola, tío... —murmuró

—Sabes que se lo tendré que decir a tu madre, ¿verdad?

—No, por favor, tío José —decía paralizado, sin apenas poder respirar de la emoción.

—Es la única manera de que no sigas así. A esto hay que ponerle fin antes de que llegue a más. No quiero que nadie de mi familia vaya con Satanás y ahora tienes todas las papeletas para hacerlo.

—No, tío, no se lo digas a mamá. Haré todo lo que quieras, pero no se lo digas a mamá, te lo suplico.

Aquel santo vocacional pareció reflexionar ante aquella súplica; quizá, a fin de cuentas, no fuese aquella una buena idea. Su madre no tendría por qué saberlo, y así se le evitaría un berrinche de los grandes. Siempre habría otra alternativa más constructiva, más imaginativa.

—Está bien, me callaré, pero tú has de purgar por tus pecados para procurarte el perdón de nuestro Padre celestial. De seguro que tu pobre y desdichada alma está poseída por algún demonio al que hay que exortizar. Ya sabes que te quiero mucho y que haré todo lo que esté en mi mano para librarte de todo mal. Tienes que hacer exactamente lo que te diga, cuándo te diga, cómo te diga... y con quién te diga.

—Sí, tío, sí —respondió nervioso.

—Anda, vístete bien. Tu madre te está esperando con la tarta de cumpleaños en la cocina.

—Sí, sí. Todo lo que tú me digas.

—Bien, eso está más que bien —sonrió malicioso.



*

—Ven aquí, Paulino, que te voy a presentar.

El niño corrió, divertido, hacia su padre. Estaba encantado de cómo estaba yendo su fiesta de cumpleaños, de la gente que había asistido a la llamada de Joao para que todos sus múltiples conocidos celebrasen con su niño su novena efeméride. Nunca pensó que todas aquellas personas —muchas importantes de la ciudad— estuvieran interesadas en un niño como él.

—Mira, nene, estos son Wilson, su mujer y uno de sus hijos. Hace poco que les conozco, pero ya hemos entablado una buena amistad. Mira al pequeño, es de tu edad.

La cara del niño era sombría. Miraba a su nuevo conocido con cara avinagrada. No le gustaba en absoluto lo que veía, pero realmente no tenía una razón para sentirse así. No sabían nada el uno del otro, no se habían visto antes, nada en absoluto les relacionaba. Sin embargo, aquel gesto de desaprobación le salió del alma y, para él, aquello no necesitaba de ninguna explicación lógica. Le cayó mal y nada más había que decir al respecto.

—¿Porqué no jugáis juntos? Estaría muy bien que os conociérais mejor; podríais ir el uno a la casa del otro para hacerlo cuando os apeteciera ¿No creéis que estaría estupendo?

La cara del regordete renegrido se iba acalorando al mismo ritmo que su sangre. En cambio el anfitrión, el niño rubito, alto y delgadísimo —aunque no escuálido— de larguísimo cabello, a la moda rockera de aquel entonces, parecía animarle a que entablasen amistad. Su natural simpatía y amabilidad le empujaba de forma instintiva a buscar la compañía de otros seres humanos, a compartir sus alegrías y sus desdichas.

—No me apetece —refunfuñó Carmelo, que así se llamaba.

Joao se contrarió. No pensó en ningún momento que un chiquillo tan pequeño tuviera el suficiente carácter ni las ideas tan claras como para contestarle de una forma tan tajante. Aún así insistió; su interés parecía mucho. No cabía duda que deseaba que aquella relación fraternal cuajase cuanto antes y de la forma más fructífera.

—Vamos, Carmelo. Será con seguridad uno de tus mejores amigos. Yo te traería a casa para que estuvieras con él, si te apeteciera, y podrías traer a tus padres, si te apetece.

—La verdad es que yo trabajo hasta muy tarde —dijo Wilson con la humildad que su posición social y económica le dictaba.

—Podría traerlo yo, no te preocupes —dijo su mujer.



—Está bien, perfecto. ¿No véis cómo todo tiene arreglo? —rieron los tres adultos.

—No quiero venir —repitió ante la cara de estupefacción de Alino.

—Podremos jugar a lo que desees. Yo tengo muchísimos juegos en casa y quiero tener amigos.

—Seguro que falta te hacen —ofendía Carmelo.

La primitiva cara radiante de Alino se adaptó a aquellos menosprecios gratuitos que vertían sobre él. Su optimismo se apagó por un instante, pero se conocía a sí mismo y sabía que no le respondería en los mismos términos; su educación era exquisita, su alma pura y cristalina, sus intenciones transparentes. Aún así tendría que darle la razón en una cosa, realmente no tenía muchos amigos y parecía que nada de lo que dijese o hiciese pudiera cambiar su sino.

—¿Te has mirado al espejo? Pareces una niña... eres un bicho raro, y a mí no me gustan los bichos raros.

Paulino se dio media vuelta y huyó de aquella nefasta compañía, lloriqueando. Carmelo —Carmelito— estaba más que satisfecho de su obra. Había sido sincero y se quedó a gusto, aún delante de los mayores que seguro que le reprimirían.

—¿Se puede saber a qué viene eso, Carmelo? —le regañó Wilson—. Esas cosas no se dicen ni en broma, bobo —le sacudió con un manotazo en la nuca.

—No es broma. ¡Míralo! —apretó los dientes conteniendo su repulsión.

En verdad, los andares del protagonista de la fiesta eran un tanto peculiares. Parecía saltar en todo momento, bailar al son de melodías románticas imaginadas solo por él; sus manos se agitaban sin control como si fuesen las de un hada dedicada a esparcir sus mágicos polvos por donde quiera que fuese, regalando al mundo la dicha de su presencia.

—No os preocupéis. La verdad es que Alino tiene bastantes dificultades para relacionarse, y no precisamente porque sea antisocial, todo lo contrario, es un alma cándida y pura, pero no encaja con casi nadie, y la poca gente con la que lo hace, he de reconocer, no me gusta lo más mínimo.

—¡Carmelo, juega con tu nuevo amiguito! —ordenó su madre.

—¡No, no y no! ¡Me niego y no me puedes obligar a nada, menos a eso! —replicó con una autoridad todavía mayor— Me voy con Patry, que seguro que me está esperando para jugar a lo que los niños juegan de verdad.

—Perdónele, señor Cavalieri, se lo suplico— intercedió el padre.

—Nada hay que perdonar, es lo de siempre. Soy yo el que les pide disculpas.

En el parque donde se celebraba su aniversario ya se había hecho de noche. Como colofón, después de haber estado toda la tarde merendando a base

de bien, Celia, la mujer de Joao, se dispuso a distribuir unos regalos entre los niños asistentes, en forma de bolsa sorpresa. Habían presentes para los chicos y para las chicas. Ellos tendrían un balón de plástico hinchable con la bandera patria —«*Ordem e Progresso*»—, y ellas, una preciosa diadema de plástico forrada de terciopelo rosa —rematada de un monísimo lazo de igual color y material— y unos zapatitos de tacón de juguete a juego. Llegó más que contenta hasta donde estaban, casualmente, cerca el uno del otro, Alino y Carmelo, que no se separaba de su pelirrojo amigo.

—Tomad, chicos.

La servicial mujer les dio a los tres sus respectivas bolsitas al tiempo que les mostraba la más sincera de las sonrisas —sonrisa que fue modelo para Alino el resto de sus días— Los chicos, a su modo, le dieron las gracias con una especie de mueca poco menos que indescriptible.

Patry abrió la suya y vio su balón. Alino abrió la suya y vio un balón. Carmelo abrió la suya... y no pudo creer lo que estaba viendo. Celia se había equivocado con él y le había entregado por error una diadema y unos zapatitos.

—¡Qué tonto! Te vas a ver muy lindo con eso puesto —se burlaba Patry, su mejor amigo.

—Si quieres me lo puedes cambiar —se ofreció Alino, con cordialidad—. A mí no me importa darte esta bolsa a cambio de la otra. Mi madre tendrá muchas más de sobra y así no tienes por qué preocuparte.

Carmelo le miró de arriba abajo con un desprecio inaudito para alguien a quien acababa de conocer. Se detuvo unos segundos, necesitaba pensar —o quizá no— para preparar la respuesta adecuada.

—No, no me da la gana cambiártelo. Me lo han dado a mí y me lo quedo. Ya veré lo que hago con ello.

—Pero ese no es un regalo para un chico. ¿Para qué lo puedes querer? Mira, aquí tienes la pelota.

—¿Y tú? ¿Para qué querías tenerla tú?

Se ruborizó. Por un momento no encontró una respuesta sincera. Él era siempre honesto, veraz; la verdad era su bandera y por ella se canjeaba, ya de tan pequeño, todas las enemistades de este mundo. Pero esta vez no quiso confesar sus verdaderas intenciones. Aquel gordito ya le había dejado en evidencia, creía saber a dónde podría llegar con su insolencia y sus malos y groseros modales. Se inventó algo.

—Yo solo lo hago para que tengas alguna cosa que de veras puedas utilizar, y eso no es para un chico tan macho como tú. Toma la pelota y dame la otra bolsa.

—He dicho que no y es que no. No me hagas despellejarte vivo.

Patry reía a carcajadas. Aquella situación le encantaba, se sentía en su salsa, le provocaba un placer que todavía, tan joven, no podía describir por más que quisiera.

Alino se armó de valor y se abalanzó sobre Carmelo. La bolsa se resistía a decidir a manos de quién caería. Los muchachitos se enzarzaron en una pelea cruel en la que se tiraron de los pelos, se arañaron, se destrozaron en parte la ropa. Delante de ellos Patry, con un *Chupa chups* en la boca que apenas le dejaba hablar, jaleaba a los contendientes.

Celia se interpuso. Les separó como pudo y les pidió explicaciones.

—Toma, Carmelo, cariño, un regalo de chicos. Perdona mi equivocación, pero cosas como esta no pueden volver a ocurrir. ¿Entendéis? Está muy feo que dos niños se peleen, y siempre que esté en mis manos, lo evitaré.

Carmelo se sentía vencido. No podría decirle a aquella mujer que lo que deseaba era la otra bolsa, porque se la habían dado, porque era de su propiedad, porque ya estaba harto de jugar al balón y porque tenía muchos como aquel en casa. Así que accedió de mal grado. Patry se tronchaba de la risa; para él había sido el más lindo y grotesco espectáculo que hubo visto nunca. Estaba más que convencido de que le gustaría que se repitiera siempre que se pudiera; le atrajo tanto...

Un amigo de su padre que le vió, llamó al rubio a su lado.

—No está bien que te pelees con nadie. No está en tus genes la violencia. ¿Tú te has visto? Eres todo lo contrario a un luchador. Yo creo que jamás tus brazos tendrán la suficiente fuerza como para pegar a nadie. Pero eso no te debe preocupar, sino enorgullecer. Ven, deja que mi mujer te haga una foto conmigo.

El niño aceptó encantado y corrió alocado a su encuentro. Se alisó el desordenado cabello —secuela de aquella cruenta batalla— y se dispuso en él la diadema recién reconquistada de manos de aquel ladrón. También, para no desentonar, se calzó aquellos zapatos. Se sintió bien, muy bien. El amigo de su padre, al que casi no conocía, le abrazó por la espalda, cruzando los brazos por delante de su pecho. El angelical pequeño le cogió a su vez de las manos. Esbozaba una sonrisa a imagen y semejanza de un precioso querubín, sin pecado, sin mancha ni malicia. Era franco, era bello, era perfecto.

El hombre miró la fotografía. Estaba hecha con una polaroid, así que en unos pocos instantes supieron el resultado. Se rió con fuerza.

—Toma, chiquitín. Guárdala bajo siete llaves y que no la vea nadie, sobre todo tu padre, porque no le va a gustar ni un pelo. Reconozco que es la foto más preciosa que me han hecho nunca, pero no creo que sea la más adecuada para que caiga en las manos del señor Joao.

En el instante en que se la tomaban no se dieron cuenta de que alguien estaba haciendo otra allá detrás, a escasos veinte metros. Pero eso no importaba, era muy bonita —la instantánea más bonita— y nadie podría negarlo jamás.

—Hola, tito José —saludó—. Llegas tarde. Esto está a punto de acabar.

—Ya lo sé. No pude venir antes. Tengo muchas obligaciones para con el Señor, ya lo sabes.

—Dime, tito, si alguien te obliga a cambiar algo que te han regalado, sin que tú quieras, y además se queda con ello, ¿es eso robar?

—Efectivamente, eso es robar.

—¡Lo sabía! No es más que un ladrón.

José no perdía ojo a Alino. Su mirada se parecía muchísimo a la que le dedicó su sobrino, su afinidad era la misma, su desprecio idéntico.

—Es un bicho muy raro, ¿no crees, tito?

—Ya lo creo. No es más que una A-BE-RRRA-CIÓN —marcó cada sílaba con inquina, mientras entornaba los ojos, mientras apretaba los labios.

—¿Qué es eso, tito?

—Es lo que se aparta claramente de lo normal, de lo natural, de lo correcto, de lo lícito, de lo que Dios estableció para el ser humano.

Carmelo, la verdad, es que no le entendía muy bien, pero lo que sí intuyó es que aquella palabra le menospreciaría, le ofendería, resumiría lo malo que era y justificaría su odio hasta entonces irracional.

—¡ABERRACIÓN! —repitió una y otra vez junto a José, a coro, acompasada, malvada y atrocemente.



CAPÍTULO II

Mientras conducía, su mente se entretenía recordando cómo había llegado a aquella situación con Karmen, su pretendida, a la que por fin iba a conocer en persona. Hacía ya varios años, sin exagerar, la había visto en multitud de páginas de contactos. Estaba obsesionado con ella, aunque no pareciese muy alta, aunque se la viese un poco gordita, pero era muy morbosa, muy guapa, muy atrevida. No podía dar crédito a que fuese ella la que se hubiese puesto en contacto con él y le hubiese citado aquel día en la calle Toledo, en su propia casa, donde no habría opción por ninguna de ambas partes de huir de un sexo que habría de culminarse con toda certeza. Estaba alegre, orgulloso, mientras se miraba en el retrovisor de aquel vejestorio haciendo muecas, poniendo poses supuestamente seductoras. Aquella hembra seguro que iba a ser suya; no podría ser de otro modo cuando, reconoció que le había visto en una discoteca con unas conocidas y que le encantó, pero que no tuvo el valor de dirigirse a él. Pero el destino era así de caprichoso; bueno... el destino y la decisión de Karmen por llamarle.

Ignacio solo podía regocijarse al recordar todas las fotos que había visto de ella en las páginas. Era latina, sin duda, como le gustaba, de aspecto sensual y lascivo, de ropa apretada que inducía a arrebatarla y forzarla. Sus pechos eran generosos, provocadores, el mejor de los complementos a aquel voluptuoso trasero que incitaba sin pudor al pecado. Durante años fue una musa para Ignacio y en poco tiempo iba a ser su dueño y señor, y no dejaría pasar la oportunidad de poseer a aquella musa por más que se resistiera. Él le gustaba porque se lo había reconocido; su larga búsqueda debía de terminar ya con el más apetitoso de los resultados. Se relamía mientras recorría las callejuelas aledañas a la vivienda de Karmen, de Karmen Traviesa, cual era su nombre de guerra. Pero como era de preveer por cualquiera, menos por nuestro caballere, era literalmente imposible poder estacionar por allí; todo estaba ocupado y no tenía ni un céntimo para recurrir a un aparcamiento privado. Después de muchas intenciones no tuvo más remedio que tomar la

calle Segovia en dirección al río y volver a buscar por allí. Por fin encontró un sitio, pero hubiese sido más rentable volver a Getafe e ir en transporte público. Bueno, lo hecho hecho estaba, y no debería de darle más vueltas. Solo pensaba en el momento de encontrarse con su amada, de tocar la piel de una diosa que durante tanto tiempo había sorbido su seso y su sexo, de dejarse llevar por la más placentera de las locuras. Sabía que sería feliz entre sus brazos, que nada impediría que volviese a iniciar una vida que para los de su edad parecía estar vedada. Se sentía joven, seductor y sabía que con un poco de aliciente su personalidad anodina se transmutaría en la más impetuosa y atractiva. Se lo merecía porque, aunque todos le tachasen de pusilánime, en su fuero interno rugía el más feroz de los leones deseando dar rienda suelta a sus instintos. Solo necesitaba de una excusa, de una motivación, de una hembra que le hiciese sentir el macho que soñaba ser. Y ahora, en solo un rato de nada, todo se iba a cumplir y daría la espalda a una vida llena de tedio e incertidumbres.

La cuesta de la calle Segovia era muy empinada y la bolsa empezaba a pesar. Menos mal que el frío del ambiente atenuaba en buena medida el cansancio y el sofoco que tanto esfuerzo provocaba. Bueno, el frío y la ilusión que rezumaba por todos los poros de la piel de aquel individuo tan patético e iluso. Descansó por unos instantes apoyado en la fachada de un viejo edificio ya rehabilitado y su mirada se dirigió al viaducto. Por unos instantes su mente se perdió en aquella bella construcción, en sus tres ojos de los que partían apoyados en ellos las esbeltas columnas que lo sustentaban, en sus 23 metros de altura, pero sobre todo en aquellos gruesos paneles de cristal o metacrilato —que no tenía mucha idea— que hacían de barrera entre el abismo y todos aquellos cuyo mayor deseo era el de inmolarsse y que habían hecho de él el más atractivo de los lugares para poner fin a sus días, que por algo le habían bautizado «extraoficialmente con el ocurrente y premonitorio nombre de «Puente de los suicidas». Se preguntaba cómo podría haber gente con un grado tal de desesperación como para cortar de raíz con su existencia, cómo la desesperación podría llegar a esos extremos. Le apenaba que aquel puente tan hermoso quedase afeado por aquellos armatostes tan fuera de lugar, pero en el fondo tan necesarios. Se encogió de hombros y solo deseó no tener nunca razones suficientes como para treparlos y lanzarse al vacío como tantos y tantos lo hicieron durante generaciones. Rezaría por ello, pero quizá más adelante, que hoy no tenía razones.

Llegó a la calle Toledo y la cruzó por el semáforo, aunque no siempre respetaba las normas de tráfico cuando ejercía de peatón. Comprobaba que su pulso estaba acelerado fruto de aquel esfuerzo y de la emoción que le embargaba. Se detuvo unos instantes para que se desacelerase y de camino secarse el sudor,

que no sería muy correcto que le viese su nuevo amor con aquel aspecto tan desaliñado. Se tranquilizó, se arregló de mala manera el jersey y procedió a dar los últimos pasos hasta la dirección que Karmen la Juguetona le había dado.

En la puerta se encontraba sentada una pobre indigente, con la cabeza reclinada entre los brazos que colgaban pesadamente de las rodillas. A su vera un chucho infecto parecía acompañarla, protegerla, custodiarla. Sin duda se trataba de una gitana, de una gitana seguramente rumana, porque las españolas no acostumbraban a vestir de aquella manera, que no era lo más habitual. En la yema de los dedos de la mano derecha colgaba un vasito de plástico resquebrajado con apenas unas monedas en su interior. El hombre, fiel a su principio de bondad —o más bien de superstición—, se aproximó a ella y le obsequió unos céntimos, muy pocos, los suficientes para tranquilizar su conciencia e invertir en ganar un cielo tan incierto como sus intenciones. La mujer apenas si levantó un poco la cabeza y murmuró algo parecido a un agradecimiento, o al menos es lo que aquel incauto pretendió entender.

Estuvo a punto de tocar el timbre del portero automático, pero recordó al instante que le había indicado que no llamase por allí, sino que se pusiese en comunicación por teléfono porque había mucha gente muy curiosa entre los vecinos y no quería que nadie controlase quién entraba y salía de su casa.

Al tercer timbrazo respondió.

—¿Sí, quién es?

—Hola Karmen, soy Ignacio.

Unos instantes de silencio le dieron a entender que le había pillado de improviso, pero enseguida aquella, seguramente, más que bella mujer, reaccionó.

—¡Ah, sí, sube! Es el cuarto piso, a la derecha. Te dejaré la puerta abierta, así que no llames, ¿ok, amor?

Un sonido característico indicó a Ignacio que la puerta del portal ya estaba abierta, así que la abrió y se adentró por aquel pasillo comunitario tan estrecho y destartado. Él ya estaba acostumbrado a ese tipo de construcciones tan típicas del centro de Madrid, así que apenas le dio importancia, que solo tenía ojos para su cita, cuatro pisos más arriba. El ascensor también era diminuto; apenas si cabrían dos personas bien apretadas, pero realmente estaba en consonancia con el resto del edificio. Subió en él mientras comprobaba cómo sus manos intranquilas sudaban, sobre todo la derecha, en la que apreciaba no solo sudor sino algo extraño, denso, espeso, pastoso. Se las secó en los pantalones con cuidado de no dejar ninguna marca de humedad, abrió la puerta y, al salir, miró hacia la derecha. Efectivamente, la puerta estaba entreabierta y una tenue luz se adivinaba tras ella.



*

Era el momento ideal para jugar, para decidir sobre el destino inminente de aquella marioneta tan frágil. Me dispuse a elegir, de entre mi colección de jueguecitos inocentes de azar, el que más me placiera para determinar lo que habría de sucederle en aquel instante, y elegí el más elemental, simplemente una moneda. Solo tendría que lanzarla al aire, al vacío más oscuro y solitario, y esperar a que cayera al suelo con su tintineante rumor. Así lo hice, y os juro por lo más sagrado que me divertía, que cada vuelta que daba sobre sí la moneda era para mí una sensación de extasis inexplicable para una mentalidad como la vuestra. Gocé. Aquella mujer podría ser la más agraciada del mundo, la más dulce, la más bella, la mejor acompañante para la nueva vida que Ignacio buscaba. Era una mera cuestión de suerte, ¿no creéis? Y la suerte la determinaba aquella moneda. Era lo justo, y yo nada tenía que ver con lo que el destino deparara a aquel trozo redondo de viejo cobre.

Cruz, salió cruz.

*

Golpeó suavemente la puerta mientras la abría con la delicadeza propia de todo un caballero.

—¿Karmen? —preguntaba mientras se introducía en aquel piso.

—Sí, ahora voy —se oyó detrás de la puerta de lo que parecía un dormitorio al fondo del pasillo.

Cerró la puerta de entrada con la misma delicadeza con la que la abrió y esperó unos segundos mientras depositaba la bolsa de rafia con la comida en el suelo de terrazo antiguo. Tragó saliva. Al momento salió de sus aposentos y una doble sensación hizo mella en el corazón del maduro.

No, evidentemente no era lo que esperaba. Debía de darse cuenta de la falacia que suponía las fotografías que tenía en su poder. No, no se correspondía con lo que había visto hasta entonces y que tanta ilusión y admiración le había provocado. Sí, sabía que no estaba delgada precisamente, pero es que lo que tenía en frente, era la antítesis de la esbeltez; realmente era gorda, era zafia, de gestos vulgares, ordinarios, reñidos por entero con la elegancia que le presuponía. De hecho, le recibió en ropa de estar por casa cuando en su imaginación la veía vestida de las ropas más provocativas, ajustadas, brillantes. Llevaba puesta una camiseta blanca de algodón raída y llena de lamparones, una minifalda vaquera de lo más normalita y unas zapatillas de felpa. El cabello no era aquel que deslumbraba por su exuberancia, sino una rala mata de cabello atado de



mala manera a modo de corta coleta de unos escasos cinco centímetros. Para colmo de males se le transparentaba el cuero cabelludo, estaba medio calva. Evidentemente no le esperaba, pero no era posible porque la había llamado con antelación para recordarle su cita, porque no quería que algo como aquello pasara... pero pasó, y en cierta medida se sentía culpable de no haber insistido mucho más. Sin embargo, ¿quién iba a pensar que sería tan descuidada con su visita, con aquel señor de avanzada edad que se había preocupado tanto en llevarle las viandas con las que preparar lo que se supone que iba a ser una opípara cena?

—Hola, Juan. No te esperaba. ¿Habíamos quedado para hoy? —sonrió.

Sus dientes se veían desgastados, ni amarillos, ni ennegrecidos, ni con caries, simplemente reducidos de forma homogénea, como si se los hubiese limado hasta reducirlos a su más mínima expresión. Ya los había visto alguna vez, era la manifestación de que apretaba hasta la extenuación sus mandíbulas mientras dormía fruto, sin duda, de la tensión.

—Hola, Karmen. Mi nombre es Ignacio —corrigió cortésmente, sin ánimo de contrariarla.

—Eso, Ignacio, perdóname. ¿Habíamos quedado para hoy?

—Sí. Hace un rato que te llamé para comprobar que pudiese venir y dijiste que sí.

Se quedó pensativa, pero no perdía ojo al señor. Le miraba de arriba a abajo sin perder un solo detalle de su fisonomía, de su aspecto, de sus modales. En un segundo reaccionó convencida de lo que había visto. Al parecer le había gustado, o eso le quiso dar a entender cuando se acercó a él despacito, cariñosa y le tomó la mano ya seca.

—Sabes que me gustas, ¿verdad?

Había que reconocer que era franca y directa —o no—, pero Ignacio no pareció verse sorprendido; se suponía que si estaba allí era porque algún tipo de atracción había hecho efecto en ella para llamarle y citarle. Sin embargo, el que no acertara con su nombre le puso en guardia, no es que no se fuera a fiar de sus intenciones, es que no se podía fiar de que ella misma las conociera.

—Sí. Por eso estoy aquí, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa nerviosa. Parecía como si en aquel preciso instante se hubiese decidido por aquel individuo para que la acompañase el resto de sus días. Me divierte pensar en la precipitación teñida de seguridad de algunas decisiones; había decidido que aquel sería su hombre y nada más había que decir al respecto.

—Lo que todavía no sé es de qué me conoces.

—Estuve en una fiesta de chicas a la que fuimos ambos, cada uno por su lado, y una amiga común me dijo quién eras.

—Podrías haberme dicho algo. Seguro que te hubiese hecho caso —quiso ser amable porque, desde luego, si hubiera sabido lo que se le avecinaba, no le hubiera dirigido la palabra, de seguro.

—Es que, aunque me veas así, soy muy tímida, y estabas rodeado de chicas. No me atreví a dirigirme a ti.

Ignacio, como supondréis, no creyó ni una sola sílaba de lo que decía, pero no quiso interrumpirla para no contrariarla y porque, en el fondo, para él suponía una adulación todas aquellas alusiones a su persona. Su ego estaba por las nubes y solo pensaba en lo bella que estaría si estuviese bien arreglada, a semejanza de las fotografías que estaban en su poder.

Todavía se encontraba un poco impactado de la rapidez con la que se sucedían los acontecimientos así que, sabiamente, buscó una razonable excusa para ganar tiempo y recapacitar en lo posible.

—A ver, ¿dónde tienes la cocina? Lo prometido es deuda y tengo que prepararte una cena de las mías. No sé si será de tu gusto, pero al menos no te morirás de hambre.

Arrastró con suavidad a su nuevo novio a la amplia cocina, ya vetusta, de muebles viejos y azulejos destartados. Se veía que aquella casa era de alquiler, quizá de renta antigua, donde nadie ponía el más mínimo empeño en decorar ni arreglar nada. Siempre era lo mismo en esos casos e Ignacio, como era lógico, no le prestó la menor atención.

La mujer levantó la cabeza en dirección a la cara de nuestro hombre, apretándole los dedos de la mano que tenía sujeta, llevándosela hacia la cadera para que sintiese más próximo su sexo. Buscaba, sin duda, un beso que estuvo esperando unas décimas de segundo hasta que reaccionó y le correspondió de forma maquinal, casi por compromiso. Ella insistía en apretar su diminuto y orondo cuerpo contra el de él y no dejaba que por un instante sus labios se separaran. No se podía permitir ese lujo, le había llevado allí con un fin y no saldría sin obtener lo que buscaba, lo que anhelaba. Ignacio la apretó contra su vientre y simuló besarla con pasión, cosa que se le daba muy bien; era muy sencillo, no se trataba más que de unir sus labios a los de ella y rebuscar con su lengua entre las oquedades de su boca de dientes desgastados. Era cuestión de no pensar, que eso ya lo haría luego. Lo más inminente era hacer la cena, así que la separó de sí con delicadeza y empezó a rebuscar entre los trastos de la bolsa aquello que necesitaba para empezar su tarea.

—Espero que te gusten los espaguetis a la carbonara. Es lo que he traído para hacer.

—Si. No está mal —parecía contrariada de algún modo.

Buscó entre los armarios aceite, sal y condimentos de algún tipo, pero no había de nada, todo estaba vacío. Menos mal que, en previsión de esto, dado que no sabía con lo que se iba a encontrar, había traído de todo, o casi.

Se puso manos a la obra mientras ella no sabía muy bien qué hacer. Entraba y salía de la estancia simulando estar atareada, atendiendo mensajes del móvil, alisándose el ralísimo cabello que le acompañaba a la pobre. Viéndola así, la atrajo hacia su regazo con un gesto de la mano. Sentía por ella una extraña mezcla de atracción y rechazo, de lástima y admiración. Durante años —bien digo años— la estuvo buscando por las páginas donde ella se dejaba ver, donde le constaba que cientos de hombres anhelaban su compañía y a los que seguro rechazaba de continuo. Y allí estaba, en su compañía, que había sido aquel ángel de la virtualidad la que había reclamado su presencia y se había rendido a él inexplicablemente.

—No te ofendas, pero creí que te iba a ver mejor arreglada, como siempre te he visto por ahí.

—¿Por ahí? ¿Dónde?

—En las páginas en las que sales. Confieso que durante muchísimo tiempo he sido tu más fiel admirador y que me asombra un poco el que esté aquí en tu presencia.

—Eres guapo, muy guapo, y me inspiras confianza. Eso es lo más difícil de encontrar, gente digna de depositar en ella dicha confianza. Pareces un buen tipo, espero que lo seas.

—Ah, sí, sí. Cómo no voy a serlo. Por eso estoy aquí con las manos en las sartenes para que mi chica no pase hambre.

—Eso sí, me pareces un poquito chulo y dominante.

—No sé, no creo. Solo que no me voy a dejar someter a mi edad, ni por ti ni por nadie. Pero en el fondo soy inofensivo, tranquila.

No le importaba hablar de aquella manera, de arriesgar lo que parecía una incipiente relación ni provocarla, porque nada tenía que perder. Aquello no era lo que se imaginaba, no era la diosa del sexo a la que se quería someter en la búsqueda del placer infinito. No era más que una mujer vulgar, corriente, bajita, gruesa, calva y desdentada a la que había besado por compromiso y porque necesitaba de una cocina en la que hervir la pasta.

—Te vas a quedar conmigo, ¿verdad?

—Claro, tengo hambre y ya me he puesto a cocinar.

No tenía el cuerpo para bromas, buscaba una respuesta y la buscaba ya, sin tonterías, sin ocurrencias.

—Te quiero a mi lado, me gustas —su voz se hizo lúgubre.

—Bueno, vas por el buen camino. Quizá sea un poco precipitado lo que me pides, pero sí, si me tratas bien no habrá problemas

—Yo siempre trato bien a mis hombres, a mis machos —sentenció con el mismo tono, dándole a entender que aquello era muy serio.

Ignacio le volvió a hacer una seña con la mano para que se acercara. Su cara realmente era la de un tipejo sobrado y chulesco. Nunca se había portado de esa manera, pero tampoco se había visto en una situación igual, así que optó por manifestarse como creía que lo hacían los chulos al uso, los machitos prepotentes que creen dominar a sus entregadas e indefensas hembras.

—Me pareces un poco prepotente, pero creo que me gusta en ti. Ya veré más adelante si me termina de satisfacer.

—¿Ah, sí? Bah, no te preocupes, y no me des demasiada importancia, que no la tengo.

—Eso lo decidiré yo, ¿de acuerdo? —intentaba delimitar su territorio y de no dejarse llevar de aquellas estupideces.

—Claro, claro.

—En cuanto a mi aspecto... es lo que hay. No pretenderás que con mi hombre, en mi casa, relajada, me disfrace de pibón como hago tantas veces. Te tendrás que acostumbrar a lo que ves, porque yo soy así y te advierto que me pretenden cientos de hombres. Lo tuyo es un regalo que te estoy haciendo porque me caes bien. Eres tú el que te tienes que portar bien conmigo y te enterarás de cómo me desenvuelvo en otros ambientes, pero en un principio esta soy yo y quiero que lo sepas.

—Lo veo muy bien y no podría estar más de acuerdo.

Ignacio mentía, toda su vida había estado en esa situación y no le apetecía estar tan relajado. Si había ido a su encuentro fue porque deseaba acción, dar un vuelco a su vida y llenarla de pasión. No le importaba lo que su acompañante fuese en realidad, le importaba que le hiciera soñar, que le engañase con su aspecto, que se maquillase, que se arreglase, que le hiciese vivir por algún instante un mundo de fantasía para el que parecía no haber nacido. Estaba muy bien que le tuvieran en tanta consideración y estima, que creyesen que con él había terminado la búsqueda, pero su mente, su corazón y su entrepierna debían de buscar un punto de encuentro que, como era el caso, casi nunca encontraba. Lo peor de todo es que debía de sentirse orgulloso de lo que estaba pasando; la más pretendida de las mujeres le había elegido entre tantos y tantos a él, a aquel insulso ser sin apenas cultura, capacitación ni belleza para ser su acompañante.

—Bueno —pensó—. En todo caso disfrutaré de lo que tengo a mano.

Karmen se le acercó tímidamente, titubeante, pero decidida. Le agarró de la cintura mientras trasteaba con los fuegos y, apretándole con fuerza, apoyó su cabeza en la espalda del improvisado cocinero. Era bajita, muy bajita, y aquella situación le provocaba seguridad, más aún cuando no le había rechazado y se dejaba hacer.

—Vas por el buen camino —repitió.

Ella sonrió francamente y se dispuso a arreglar la mesa para el convite. La casa disponía de un salón y un dormitorio, pero el primero lo había habilitado como dormitorio con un pequeño apartado en el que había un escuálido sofá, una diminuta mesa y otra todavía más minúscula.

Llevó los platos ya servidos y los dispuso de cualquier manera sobre la mesa menos pequeña. No tenía muchos modales, era ordinaria, de andares toscos y se rascaba de continuo a través de la raída falda vaquera para calmar los picores producidos por quién sabe qué. Realmente se le veía satisfecha, pero esa satisfacción no se manifestaba en alegría, sino que pareciera que había cubierto un trámite engorroso y necesario.

Se sentaron en el sofá y comenzaron a hablar. No era desagradable, aunque tampoco era un dechado de simpatía. Era un ser normal, un poco arisca, sin duda escarmentada por su trabajo y la historia que llevaba a cuestas. Ignacio, en su ignorancia de lo que era el ser humano, siempre creyó que su vida había sido de lo más anómala. Pero solo con abrir sus oídos a gente que, como aquella mujer, estaba dispuesta a compartir sus experiencias, se daría cuenta de lo realmente anodina que era su existencia. No obstante, había veces en que le hubiese gustado sufrir todo aquello que le contaban, experimentar auténticas privaciones de todo tipo, vejaciones, humillaciones, y no cargar con el pesado lastre de la irrelevancia más cruel y despiadada.

El barato vino de Rioja que habían descorchado para la ocasión desató la lengua de la anfitriona. Sus ojos parecían envueltos en una densa neblina que apenas si dejaban traslucir su marrón penetrante.

—¿Sabes cuántos años tengo?

No era precisamente joven, pero tampoco vieja. Su edad era como ella, sumida en un gris donde nada era especialmente bueno ni malo, bello ni horrible, atractivo ni repulsivo. Ignacio, sabiamente, no quiso arriesgarse a especular sobre una pregunta tan comprometedora, así que decidió que fuese ella la que respondiera, que de hecho es lo que estaba deseando.

—37. Tengo 37 años. Ya no soy una niña y deseo estar ya con alguien que me respete y que me quiera. En cuanto al deseo, con toda la vida que he llevado, la verdad es que me importa relativamente poco. Hombres como tú hay pocos, o eso creo, y por eso me gusta que estés conmigo.

Sin duda, lo que más podría atraerle de él —además de que no fuera especialmente feo, decrepito, bajito, gordo y calvo— era el hecho mismo de que estuviera allí, de que la viese tal cual era, sin artificios, y no saliera espantado con su visión. Pero esa mujer tenía algo que Ignacio deseaba sobremanera y que sabía que tarde o temprano obtendría de ella, era cuestión de tiempo, de poco tiempo según se iban desarrollando los acontecimientos.

No era idiota, sabía que no podría ser amor lo que aquella todavía joven mujer —para él— sentía. Era una ilusión, una necesidad, un interés que tendría que satisfacer y que estaba casi segura que obtendría de aquel hombre. Y si no era eso, por lo menos algo que se le pareciera.

—¿Cuántos años tienes tú? Realmente no me importa, pero es solo para situarme.

—La verdad es que no soy ningún chaval para ti, pero viendo cómo me tratas, supongo que no debería de tener miedo en confesarlo. Tengo 51.

—Pues no los aparentas en absoluto. Creí que eran menos, sinceramente. Me gusta que seas mayor. Me siento más protegida. No me gustan en absoluto los niños que veo todos los días allá adonde voy, sin nada de que hablar, sin nada que ofrecer como lo haces tú.

Estaba dando por hecho que le estaba ofreciendo alguna cosa más allá de la más cordial cortesía. Suponía que su trabajo había dado el fruto que deseaba sin haber preguntado siquiera lo que pensaba de ella ni el grado de compromiso al que estaba dispuesto a llegar. Pero ella se sabía atractiva cuando se arreglaba, cuando se fotografiaba provocativa para promocionarse por las redes sociales. Estaba segura de que el deseo de aquel hombre por esa mujer bidimensional le haría encadenarse a aquella que se le aparecía delante con la promesa implícita de transmutarse cuando la ocasión lo requiriese.

—Cuando chica, mi padre abandonó a la familia. Simplemente se largó, sin saber por qué, sin saber con quién, sin decirnos nada, ni antes ni nunca. Reconozco que desde entonces siempre he buscado en los hombres mayores el cariño que nunca tuve de él y que en cuanto alguno me daba un poco de comprensión me iba con él como una posesa, aunque luego me sintiese mal, muy mal, muy culpable, porque en la mayoría de los casos ni siquiera me gustaban. Mi último amante era un octogenario, todavía casado, y del que conocía a sus nietos. Un tipo agradable.

—Supongo que con tu capacidad podrías ser un poco más selectiva, mi amor —por fin se decidió a utilizar esa expresión tan falsamente cariñosa—. Eres demasiado guapa para que te pasen esas cosas.

—Nunca podrás entender mi vida, ni mi forma de pensar o actuar. Ya me ves y me intuyes y comprenderás que nada de lo que te haya pasado se podrá parecer ni por asomo a lo que me haya podido suceder a mí. Lo que haga o deje

de hacer es algo que se le escapa a todo el mundo y no creo que nadie pueda criticarme. Soy así y no hago daño a nadie. ¿Te enteras?

La mujer se acaloraba a cada palabra que decía, a cada imagen que recordaba de lo más recóndito de su cerebro y que posiblemente tendría medio olvidado o medio escondido. Ignacio simulaba comprenderla y empatizaba en la medida que sus escasos recursos le permitían. Eso pareció calmarla.

—Sí, creo comprenderte, aunque no he pasado por nada parecido.

—No sé si eso determinó todo lo que ha venido después y que me ha hecho ser lo que soy, pero si te soy sincera, ni lo sé ni me importa. Me gusta haber llegado a esto y me agrada saber que gente como tú sabe apreciarlo.

Nunca sabré si era así de ingenua o lo fingía. Ese hombre de tan escasos recursos intelectuales y emocionales, de lo último que se daba cuenta, era del sufrimiento pretérito o presente de Karmen. Solo sabía que había ido allí con un único fin que quería satisfacer a toda costa y que con un poco de diplomacia satisfaría.

—Bueno, me haces sentir verdaderamente joven. Fíjate que creía que era prácticamente un anciano y ahora resulta que soy el más joven de tus pretendientes. Espero que no me acuses de inmaduro o de jovencito imberbe a estas alturas —rió.

El gesto de la mujer era afectadamente gris. No podría permitir que este aspecto no le quedase bien claro y que no se le tomara en serio, que no había invertido tanto tiempo y esfuerzo para conquistar a un simple payaso. Sí, necesitaba de un hombre. Sí, aquel parecía no ser especialmente inadecuado, pero su vida era lo suficientemente compleja como para que ningún insensato más hiciera acto de posesión en ella; bastante jodida estaba ya.

El hombre calló y dio pie a aquella hembra dispuesta a lo que fuese por estabilizar su vida, a esbozar una leve sonrisa que alivió la tensión que ella misma había provocado.

—¿Te gustan los espaguetis y el vino?

—A la pasta le hace falta más nata, y el vino no es precisamente del caro, pero no está mal del todo, se puede beber.

—Dame un poco de tiempo y verás lo que soy capaz de elaborar con estas manitas que Dios me dio —desdramatizaba.

Le miró directamente a los ojos. Sus facciones eran duras, endurecidas por quién sabe qué. Pero por lo visto no denotaba que fuese con él el asunto, porque al levantarse le miró fijamente y le declaró su intención más inmediata.

—Estoy cansada, así que me voy a acostar.

Empezó a desnudarse sin vergüenza delante de él, como si fuese su marido después de años de convivencia. Sin pudor y sin una pizca de erotismo. Ignacio la observaba mientras se desprendía de aquella ropa tan falta de atractivo. No hacía más que imaginársela como en aquellas imágenes que habían llegado a su poder. Recordaba en concreto aquella foto en la que se la veía de espaldas, girándose hacia la cámara en un gracioso y provocador escorzo, chupando un *Chupa chups*, con una blusita corta, muy por encima del ombligo, brillante, con unas finas bandas negras en el extremo de sus cortas mangas. Pero lo que más le atraía era la minifalda de cuadros rojos, azules y blancos que dejaba a la vista aquel trasero redondo y gordito sin braguitas. Como remate final, unas medias negras de rejillas sujetas a su voluptuosa cintura con unos finísimos ligueros. Estaba de morena —era bonita su peluca—, con el cabello hasta la cintura y las gafitas estrechas que reposaban con gracia en la punta de la nariz. Esa era la Karmen Juguetona de la que se había enamorado y por la que estaba allí de chef de medio pelo, pero bien intencionado. Pero esa hembra digna de cualquier sacrificio se había disipado en el aire antes siquiera de poderle haber hincado el diente, de saborear las delicias que prometía. Por contra tenía ante sí a aquella mujer ordinaria, falta de gracia, llena de problemas de todo tipo que quería aferarse a su compañía a costa de lo que fuese.

—Si quieres descansar, también puedes hacerlo. Tengo sitio para los dos.

No sé si os dije que aquel salón reconvertido en dormitorio tenía la indudable ventaja de tener la cama al alcance de la mano. No era fea, tenía un cabecero acolchado de terciopelo brillante que, este sí, parecía incitar al pecado. Además era ancha, de 150 centímetros, lo que facilitaba cualquier encuentro amoroso.

Se lo pensó solo una décima de segundo. Aunque de buena gana hubiese cogido sus bártulos y se hubiese dirigido a la puerta de entrada para escapar de aquella encerrona, en el fondo le seducía la idea de estar con ella y sentir su contacto. Estaban allí, ¿no?, cualquier hombre en su sano juicio hubiese hecho lo que él, que ya habría tiempo para melodramáticos remordimientos y demás excusas.

—Sí, claro. La cena y el vino me han dado sueño —mintió elegantemente.

Al dirigirse hacia la cama se percató de que en una pequeña caja de plástico transparente había algo parecido a un animal que flotaba en el agua que contenía. La miró con curiosidad. En un principio no podía reconocer lo que era, así que se aproximó un poco más, pero tampoco terminó de salir de dudas.

—¿Qué es esto que tienes aquí, cariño? —terminó por preguntar.

—Es un bichejo que me han regalado. Es un pez... me parece. Un cliente gracioso que le ha dado por regalarme cosas inútiles como esa. Creo que lo voy a tirar al retrete, no me voy a quedar toda la vida cuidándole, tengo cosas que hacer y si no me las inventaría. Cualquier cosa antes que dedicarle tiempo y dinero a esa especie de... lo que sea.

Sabía lo que era, cómo no iba a saberlo, todo el mundo conoce a los caballitos de mar, a los hipocampos, pero era la primera vez que veía realmente a uno y se quedó más intrigado que impresionado. Era tan poca cosa, tan bello e indefenso, que no se explicaba cómo la naturaleza podría haber creado nada parecido. Estaba condenado a la extinción desde el inicio de su concepción pero, inexplicablemente, allí estaba, delante de él, en aquella improvisada caja sin acondicionar. Quizá, a fin de cuentas, no fuese tan débil, y el que estaba equivocado era él y sus presunciones estúpidas.

—¿Cliente? ¿Qué clase de cliente? —preguntó mientras la miraba, desde el pie de la cama, quitarse las últimas prendas que llevaba sin ninguna gracia, maquinalmente.

Se quedó exclusivamente con un tanga de leopardo que parecía quedar camuflado entre los pliegues de sus generosas carnes. Le miró fríamente y le respondió tan seca como ya le tenía acostumbrado, mientras se acomodaba entre el edredón y los millones de cojines que abarrotaban la cama.

—Cariño mío, soy *scort* —confesó sin pudor— Sí, una puta. Pero supuse que ya lo sabías.

Vamos a ver, claro que lo sabía, pero en su fuero interno siempre tuvo la esperanza de haberse equivocado cuando la veía anunciarse en los apartados de profesionales en las páginas en las que la conoció. Hubiese sido de muy mal gusto haberle insinuado algo al respecto, y fue una suerte que fuese ella misma la que lo confesara; su conciencia estaría tranquila en este aspecto, aunque no lo estuviese tanto en otros. Aquel era, indudablemente, el mejor momento para mostrar su caballerosidad, y lo aprovechó.

—Lo supuse, pero si estoy aquí es porque no me importa. Te respeto a ti y a tu trabajo. Es el más digno y sacrificado de cuantos conozco. No creo que sea de muy buen gusto tener que aguantar a tipos de todo pelaje que os monten y encima les tengáis que reír la gracia por un puñado de monedas.

Ella estaba un poquito harta de justificaciones como la que le había oído en ese momento. Se las sabía todas después de toda una vida ejerciendo, y esas palabras no eran especialmente sensibles ni inteligentes. Más bien sonaban a lo que eran, un burdo intento de quedar bien con ella para no contrariarla; ya lo había experimentado muchas veces, ya había tenido que

aguantar a seres tan torpes como él debatirse por sacar de su boca algo que le agradase y justificase en su tarea. Pero como es lógico pensar, tampoco se alteró lo más mínimo, era una respuesta que se esparaba y que ya estaba dicha. Así que pasó a otra cosa.

—Bueno, dejemos de hablar y descansemos, amor. Tranquilo, a ti te quiero y no te voy a cobrar.

El invitado descansó. Por un momento llegó a pensar que aquella puesta en escena solo era para canjearse un cliente al que después cobraría sin avisar una vez consumado el servicio. Recordó que debía de tomar algo. No había tenido oportunidad mientras estuvo cenando, y era imprescindible hacerlo antes de yacer con aquella prostituta que se le ofrecía gratuitamente.

—Discúlpame, antes de nada voy al servicio —se excusó.

Una vez allí, en aquel destartalado pero asombrosamente limpio habitáculo, se apoyó en el lavabo e inclinó el cuerpo hacia el espejo. Se miró con curiosidad, preguntándose realmente por qué razón estaba allí, a puntito de revolcarse con aquella profesional del sexo que, para colmo, decía quererle de alguna manera, cuando apenas si se habían cruzado algunas vanales frases. Sacó del bolsillo su pastillita azul, se la echó a la boca y tomó un sorbo de agua del grifo del lavabo. Al levantar de nuevo la cabeza se contestó sin rubor, estaba seguro de lo que iba a hacer, que aquella mujer, aunque no fuese la de sus sueños, tenía otra serie de cualidades reservadas para unos pocos elegidos, atributos que había buscado durante su patética existencia. Ahora era su oportunidad de resarcirse de tanta privación y de descubrir placeres que se le suponían prohibidos. Pudiera no ser la hembra ideal, pero con un poco de imaginación y la ayuda de aquel fármaco, todo iría a pedir de boca y sería feliz el resto de sus días, o al menos aquel tiempo que estuviese con ella. La píldora tardaría un poco en hacer efecto y el vino tampoco facilitaba su acción, así que no sabía muy bien en qué acabaría todo aquello. Esperaba que bien, bueno...

Al regresar al dormitorio la vio trasteando con el mando a distancia sincronizando algún canal en aquella televisión tan grande a los pies de la cama. Él se cruzó por delante y no le hizo ni el más mínimo caso. Sí, efectivamente era como si en aquella escasa hora en la que se conocían hubiesen pasado lustros de tediosa convivencia, pero la pastilla ya estaba tomada y habría que rentabilizarla de algún modo. Yo creo que aquella era una decisión acertada, ¿no creéis vosotros?

Se echó de una vez junto a ella y la abrazó. La todavía joven mujer —aunque sinceramente aparentaba más de lo que dijo— le respondió con otro cariñoso abrazo. Juntaron sus labios y los besos le supieron muy bien, no encontraba en ellos ninguna diferencia con los que había recibido de cualquier otra. Su sabor

era idéntico, su rostro era de piel sedosa, suave como la del culito de un bebé. Al apretar aquel cuerpo rechoncho no sintió nada que no le hiciese pensar en su pletórica feminidad. La apretó con todas sus fuerzas para sentir el contacto de su tibio cuerpo cuando empezaron los problemas.

—Por favor, ten cuidado con las tetas —protestó suavemente mientras le separaba unos centímetros de sí—. Me duelen si me las aplastas.

Le constaba que aquellos voluptuosos pechos estaban operados. Eran desmesurados, de pezones pequeños y aplastados. Le hubiese gustado a nuestro hombre aquellos puntiagudos y oscuros que tenía su, todavía, esposa, pero si es lo que había se tendría que aguantar, que no todo ha de ser del agrado de uno, ¿no pensais como él? Eso sí, el cirujano se había esmerado con aquellos senos, no tenían ni una marca, ni una cicatriz, eran absolutamente iguales y simétricos. Sin duda, una buena obra digna de una mujer mas agraciada físicamente que aquella que tenía entre sus manos, pero que le servía para experimentar.

—Lo lamento, cariño.

—Me las tienes que tocar con mucha delicadeza y sin aplastar. Con cuidado. Es lo que pasa con estas cosas. Te acostumbrarás.

Eso era mucho suponer. No tenía el derecho todavía a pensar que estaría allí más allá de lo que durase un coito más o menos placentero, pero su ilusión era esa. Se avejentaba por momentos y con ella sus enormes pechos que, aunque perfectos, empezaban a notar la atracción de la gravedad. Dejaba entender a cada palabra que se tendría que quedar con ella para cuidarla y ser su sostén en una madurez que llamaba a sus puertas y que la amenazaba con negarle clientes, cosa que ya estaba haciendo poco a poco.

—¿Sabes cuánto cobro la hora? Por la general 100 euros. Eres afortunado, ¿no crees?

Hombre, realmente visto así tenía razón. Era un auténtico ahorro y cuanto más tiempo estuviese con ella, más se notaría. Podría ser un aliciente para quedarse con ella una vida entera.

—¿Ah, sí? Entonces empezaré a rentabilizarlo desde este mismo instante —bromeó.

La volteó con fuerza. Quería verla por detrás, saborear su trasero redondo y regordete. Le introdujo su dedo índice por el ano, pues sabía que una mujer como aquella estaría más que acostumbrada a ello y no le pondría ningún impedimento. Gimió por un instante al sentir la penetración y cómo el dedo se movía dentro de ella. Se relamía los labios sabiamente, con demasiada perfección, siguiendo un guión millones de veces escenificado para el solaz, no suyo, sino del de que la acompañase. Ignacio no se preocupaba de ello, se prometió

no darle importancia a nada, que había ido por lo que había ido y no se pararía a pensar en nada más.

Ella echó la mano derecha hacia atrás buscando el pene de su amante, pero cuál no fue su sorpresa cuando comprobó que aquello seguía estando en el mismo estado de reposo como cuando llegó. Estaba inerte, flácido, muerto. Se dio media vuelta y, contemplando aquel miembro inactivo, preguntó:

—¿Qué pasa? ¿No te gusto? No me irás a dejar así.

—No, no te preocupes. Solo dame un poco más de tiempo. No estoy muy acostumbrado a estar con chicas así, como tú. Tengo que acostumbrarme.

—Bueno, está bien.

Se puso boca arriba totalmente estirada, mano con mano con aquel inútil a la espera de que creciera aquel árbol de la felicidad y supiera dar sus gustosos frutos. Pasó los dedos por los de él y notó el tacto de su anillo, ese anillo que no tuvo la cortesía o habilidad de esconder para que no se diera cuenta.

—Estás casado, ¿verdad?

En ese momento no supo si decirle la verdad o directamente mentirle e inventarse algo medianamente verisímil. Optó por una solución intermedia con el único propósito de conocer el suelo por donde pisaba.

—Sí, lo estoy. ¿Eso importa?

La puta se quedó mirando al techo unos segundos, buscando entre los desconchones de pintura una respuesta. Giró la cabeza y, mirándole fijamente, se limitó a decir.

—No, en absoluto. He pasado por esto muchas veces y alguien como yo no puede pretender encontrar a un caballero con todos los requisitos para hacerme feliz. No creo que existan, así que te acepto con esa limitación, pero has de tener en cuenta que solo podrás estar con tu mujer, conmigo y con nadie más.

Se quedó asombrado de la respuesta. Creyó que le iba a rechazar, que le repudiaría, le insultaría o que se limitaría a follarse ese rato con él para después despedirse de malos modos. Sin embargo, le estaba abriendo la puerta de su casa y su corazón aun siendo un perfecto extraño, casado y, posiblemente, con responsabilidades familiares por las que no había preguntado y por las que parecía que no iba a interesarse. Lo único que le importaba era tener un hombro en el que apoyarse y envejecer, que no había cosa más triste que una vieja puta arrastrándose por buscar gratis aquello por lo que había hecho tanto y tanto dinero. Y además, al menos por el momento, no tenía aspecto de ser el mejor de los sementales. Nunca sabréis quién de los dos resultaba más patético, si él como mameluco o ella como desesperada amante de un impotente. ¿Vosotros lo entendéis? Pues yo no, pero me divertía verlos allí parados esperando acción.

—Muy bien, pero tú podrás estar con cientos de hombres todos los días y me tendré que callar —dijo socarrón.

—Cariño mío, eso es solo trabajo. Mi coñito será solo tuyo si me prometes ser fiel. Como podrás suponer, puedo tener a quien me de la gana y aún así te respetaré.

—Bueno, la verdad es que vas por el buen camino.

—¿De verdad me vas a querer? —le dedicó una tierna mirada, de esas que tan poco prodigaba— Serás mi hombre y no me importará que tengas solo a una con la que seguro que no haces nada de nada.

La verdad es que no se equivocaba. Era una zorra en todos los sentidos, sabia, experimentada, muy mujer. En un momento, por fin, aquel fármaco azul empezó a hacer efecto y el carácter de él se transformó. Había adquirido seguridad al ver su pene erecto, aunque no se trataba de ninguna maravilla. Ella habría visto miles mucho más vistosos que ese, pero solo tenía ojos para el que le esgrimía y con eso era bastante. La puso a cuatro patas, abrió sus piernas con bastante poca delicadeza, acarició su lubricado ano —que acababa de verla como lo hacía— y la sodomizó sin piedad. Tras algunas embestidas, nuevamente se quejó del dolor y, al sacar el pene de aquel oscuro lugar, lo vio impregnado de algo viscoso y maloliente; ella se limitó a coger una toallita húmeda y a limpiárselo, sin más. Los glúteos también estaban operados y aquel trato que recibían, por lo visto, no era el más adecuado. Lo dejó por imposible y se limitaron a masturbarse. Él buscaba su sexo con ansiedad, que era nuevo para él y quería disfrutarlo desde su virginidad. Lo lamió, lo manoseó, lo restregó por su cara, lo disfrutó. Luego ambos, estirados uno junto al otro, procedieron a correrse al unísono. Fue curioso, fue extraño, se tendría que acostumbrar y su determinación era hacerlo, que no había luchado tanto como para desistir a la primera.

Ignacio no preguntó si le había gustado. Supuso que nadie se lo preguntaría en su trabajo y no sería él el primero que lo hiciera para quedar como un imbécil. Fue interesante, no como lo había soñado, pero tenía cierta dosis de morbo que había satisfecho. Como todas las primeras veces, habría que perfeccionar y decidió que, al menos por su parte, así se haría.

—Tienes que darme el libro de instrucciones. No sé lo que puedo hacer para no provocarte daño. Allá donde toco te quejas y no me apetece lo más mínimo. Pero lo que no termino de entender es que parezcas de cristal y trabajes en esto. Te tienen que hacer daño a cada momento; no sé cómo lo soportas.

—¡No lo parezco! ¡Soy de cristal! —recalcó— Por decirlo de algún modo, los clientes tienen derecho a hacerme daño porque pagan y porque, en el fondo, no me importa lo que hagan de mí, así que me aguantaré aunque les maldiga

en silencio. Pero tú eres diferente, tú solo tienes derecho a hacerme feliz y a tratarme bien, que cuando vea que te acercas estaré deseando tu presencia, tu tacto, tus caricias; por eso estás aquí y por eso no te cobro. Yo creo que está bien clarito, ¿verdad? ¡Pues no me hagas repetírtelo más! Es cuestión de acostumbrarse, ya te lo he dicho. Poco a poco me irás conociendo y verás cómo todo nos irá súper bien.

—Eso espero, niña.

—Has de saber que siempre uso preservativo, así que considera lo que has hecho como un precioso regalo y la mayor prueba de confianza que puedo darte.

En ese momento cayó en la cuenta de lo que había hecho tan solo unos minutos antes. Siempre le habían dicho que se protegiera, sobre todo con determinados colectivos y con las profesionales, pero no sabía muy bien si por la aceleración que llevaba o porque aquella relación era un poco suicida y tenía que estar en consonancia, no había recurrido al condón.

—No te preocupes, estoy sana. Me hago reconocimientos periódicos y todos mis clientes, sin excepción, llevan puestos el globito. No soy ninguna estúpida, mi vida va en ello.

Le parecieron argumentos de peso, aunque desde aquel momento algo de recelo quedó grabado en su mente. Por mucho que se protegiera, quizá por accidente estuviese contagiada de algo y se lo pegara. No podía imaginar, no solo las consecuencias físicas de algo así, sino la vergüenza a la que se vería sometido. No podría justificarlo sin tener que admitir algún desliz fuera de lugar. Intentó relajarse y creer firmemente en las palabras de la chica. ¿Había otro remedio? Pues entonces era inútil pensarlo más.

—De hecho, la que está en riesgo en este momento soy yo. A saber en qué culos se habrá metido eso que llevas colgando. No te he preguntado nada, solo he confiado ciegamente en mi intuición, aunque estoy tranquila porque veo que no tienes demasiada experiencia con chicas como yo, ¿verdad?

—Ninguna en la práctica, es verdad. Lo mío ha sido todo virtual. Eres la primera.

—Lo sabía. No encontrarás nada igual, te lo aseguro. Ya me encargaré yo de eso, guapo.

—Solo espero que no creas que soy un idiota. Soy simplemente inexperto.

—Lo sé. He tenido a muchos parecidos. Todo llegará y acabarás sumamente satisfecho de tu nueva vida... junto a mí.

—Sí. Eso es exactamente lo que estaba pensando.

—Bueno, es tarde. Quédate a dormir conmigo y abrázame fuerte. Necesito tu calor para combatir este frío.

Realmente aquello era una forma de hablar. No hacía frío en absoluto; la calefacción funcionaba perfectamente y el edredón era de auténtico plumón nórdico, de esos que te hacen sudar a los pocos segundos de cubrirte con ellos. Pero necesitaba de afecto y estaba más que segura que su acompañante estaría a la altura de las circunstancias, al menos esa noche.

Se acomodaron, se acurrucaron. Karmen daba la espalda al Ignacio que, como pudo, pasaba el brazo derecho por encima de la cintura de aquella, aposentando su pecadora mano sobre los voluptuosos pechos. Ella se dispuso a darle las buenas noches y de seguido cerró los ojos, abandonándose plácida a los amorosos brazos de Morfeo. Había tenido un día duro y, aunque no se había levantado de la cama, deseaba poner punto y final a aquella jornada de la mejor forma posible.

El hombre le besaba la nuca, se arrimaba lo más posible con su miembro al jugoso trasero, cruzaba sus piernas con las de ella, con cuidado de no hacerle daño, que ya sabéis lo delicada que era ella. Sonreía, hacía mucho, muchísimo tiempo que no tenía a su lado a un hombre de forma desinteresada y con el que abrir su más que hermético corazón, apuñalado mil y una vez por tanto necio, por tanto cabrón, por tanto hijo de puta. Aquel parecía un buen hombre, lo había elegido inexperto, maduro, un poco sumiso, por más que quisiera dar la impresión de chulo. Si, estaba decidida a que fuera su hombre y que, salvo por el pequeño defecto de que estaba casado, todo iba según había planeado... no todo podía ser perfecto, ¿verdad?

Él también estaba plétórico. Había tenido su primera experiencia de ese tipo, que es lo que deseaba, y tenía a sus pies entregada a alguien que con chasquear los dedos tendría a quién quisiera postrado a sus pies. Habría probado miles de miembros más turgentes que el suyo, habría practicado sexo con hombres muchísimo más bellos, más varoniles, más preparados en todos los aspectos y le había elegido a él. Además parecía sincera. Bueno, podría resultar a fin de cuentas. Por otro lado, echó cuentas de lo que se había ahorrado hasta aquel instante, que llevaba más de tres horas de convivencia con una *scort* de las más caras. Era un auténtico dineral; no podría quejarse y no lo haría, por lo menos en aquel momento. Cerró los ojos y se abandonó en los mismos brazos que lo hizo su compañera. Morfeo tenía capacidad más que suficiente para abrazar a ambos sin problemas.

De vez en cuando despertaba por el rechinar de los dientes de su princesa. Levantó la cabeza para observar con mayor precisión qué es lo que le pasaba y salió de dudas al comprobar que no se había equivocado, que apretaba con fuerza las mandíbulas manifestando su gran tensión interior, su ira reprimida,

sus ansias de escapar de algo que le aprisionaba el corazón. Pequeños grititos la acompañaban, gritos sordos entre los que se difuminaban palabras ininteligibles para un oído tan profano como el que él tenía. Sería cuestión de tiempo y experiencia el que supiera descifrar lo que decía, lo que lanzaba a un sordo viento que no le prestaba atención. Pero ahora era su amante y debería de preocuparse por todo aquello que le apesadumbrara porque, entre otras cosas, se creía una buena persona, fiable, merecedor de que se enamoraran ciegamente sin pedirle casi nada a cambio, como acababa de ocurrir.

Pasó un poco de tiempo y sonó el teléfono que estaba dispuesto estratégicamente encima de la mesilla de noche. Karmen lo cogió, a duras penas miró quién era el que llamaba en la pantalla y contestó presta.

—Claro, cariño. Dame solo quince minutos y estaré dispuesta como siempre. Solo quince minutos, ¿de acuerdo? Gracias, mi amor.

Golpeó suavemente pero con firmeza a su acompañante y se dispuso a ordenarle.

—Vamos, levanta, tengo un cliente.

—¿A esta hora? Lo que debería de hacer era irse a dormir como toda la gente de bien.

—Es un cliente habitual y no puedo permitirme el lujo de despreciarlo. Es lo malo que tiene el servicio 24 horas, que no puedo dormir tranquila. Es un sinvivir, pero es lo que hay y no tengo queja; ojalá siempre fuera así. Vamos, levántate y vete. Ya nos veremos.

¿Cómo que ya nos veremos? Esa no era una despedida acorde con todo aquello que acababa de ocurrir. ¿Dónde está el compromiso? ¿Dónde el amor eterno y la aceptación del otro? ¿Dónde el hacerse felices? Le estaba echando de cualquier manera ante la presencia de un miserable cliente. ¿Iba a ser así siempre? No daba crédito a lo que estaba oyendo

—¿Pero no me puedo ir al otro dormitorio?

—No. Está cerrado con llave porque ahí trabaja otra compañera. La verdad es que no sé si está, pero en todo caso no te iba a dejar estar allí con ella sin utilizar sus servicios y tú ya sabes que eres solo mío.

—Claro, claro. En fin, me voy.

Se vistió lo más rápidamente que pudo, echó en la bolsa de rafia aquello que todavía se podía aprovechar y dejó algo en la cocina vacía para que al menos pudiese comer algo esa mañana. Miró a su alrededor por si se olvidaba algo y reparó en aquel pez solitario en aquella improvisada e incómoda pecera. Le daba pena.

—¿Te lo quieres llevar? Posiblemente lo tire, ya lo sabes. No creo que aguante tenerlo.

—Ni se te ocurra. Yo ahora no me lo puedo llevar, pero no te preocupes que ya me encargaré de él.

—¿Seguro?

Dudó por unos instantes, pero como era su costumbre, al final accedió.

—Sí que lo haré.

—Pues es responsabilidad tuya a partir de este momento. Venga, vete, que me están esperando.

Se fundieron en un afectuoso abrazo seguido de otro no menos pasional beso. Le sabía igual al de todas las mujeres que había probado antes, nada cambiaba, no se sentía extraño sino afortunado de que aquel experimento no fuera del todo desastroso.

Al dirigirse a la puerta de entrada miró hacia atrás y pudo ver cómo, apresuradamente, su anfitriona se iba poniendo una lencería sumamente atractiva que había sacado de una cesta de mimbre al lado de la mesita de noche. Estaba lasciva, viciosa, y la peluca que se dispuso a la velocidad del rayo terminó de enamorarle. Eso es lo que quizá le esparara a él algún día, pero por el momento estaba solo reservado a clientes que abonasen aquel dedicado servicio.

—No cierres la puerta —ordenó.

—De acuerdo, no lo haré.

Esperó durante breves instantes al ascensor, el tiempo suficiente para intentar recomponer en su desencajado cerebro todo aquello que había pasado en aquella vivienda tan céntrica. Lo intentó, sí, pero su inutilidad era manifiesta a la hora de ordenar nada y menos algo que, como aquello, no tenía ni idea de cómo interpretarlo; era su primera vez. Así pues, se encogió de hombros, suspiró profundamente resignado y abrió la puerta de aquel artefacto que habría de bajarle cuatro pisos. Al hacerlo lo reconsideró y decidió bajar por las escaleras, necesitaba despejarse un poco. Sus movimientos eran lentos, desquiciadamente pausados, pero le hacían sentir como si fuera capaz de pensar en algo elevado —nada más lejos de su escasa capacidad—, pero al menos le servía para consolarse.

Llegó a la puerta del portal y notó cómo tras ella se podía oír unas tenues voces. Eran apenas susurros casi inaudibles, pero que para un empleado de seguridad como él no pasaban desapercibidos. Abrió y contempló cómo un pobre hombre, de escasa estatura, de más escasa musculación, de todavía más escaso entendimiento, intentaba hacerse entender con aquella gitana rumana que parecía que no se había movido de su sitio durante este largo tiempo. Aquel individuo era prácticamente un desecho a los ojos de Ignacio; sus ropas estaban raídas, aunque limpias, su cazadora de polipiel estaba más que deteriorada y allá

en los hombros estaba despellejada mostrando a los ojos de todos el forro interior. Hablaba nervioso mientras le daba una limosna, con gestos contenidos, con movimientos descontrolados. Su acento era peculiar, no era español, en concreto se atrevió a pensar que era el propio de Uruguay, Chile, Argentina... ya sabéis, del cono sur americano. Sus palabras se entrecortaban, estaban desacompañadas a todo aquello que su cerebro tenía la intención de manifestar. Sin embargo, sería el amante momentáneo y bien remunerador de su nueva novia.

Le entristecía pensar que aquella piltrafa de largo y despeinado cabello saborearía las delicias que a él se le había prohibido por el solo hecho de pagarla, o por ser precisamente su amor verdadero. Ya véis las cosas que tiene el cariño, ¿no os hace gracia?, a mí sí. Volvió a pensar en todo aquello que se había ahorrado. Fueron 5 horas a razón de 100 euros la hora... 500 euros. Nunca había sido tan rentable algo que hubiera hecho nunca, una razón más para estar satisfecho.

Mantuvo unos segundos la puerta abierta a la espera de que entrase.

—No se preocupe. Entraré en un ratito —sonrió tímidamente.

«Pobre diablo—pensó Ignacio —. Me pregunto cómo alguien como este tipo es capaz de gastarse el dinero que se va a gastar en una puta. Más le valdría arreglarse un poco y buscar por ahí de forma más desinteresada. Aunque bien mirado, mucho atractivo no tiene, esa es la verdad»

La mendiga les miraba sin hacer ningún gesto, apática, cansada seguramente de las horas que llevaría allí aposentada, con el brazo extendido, con las piernas dobladas, en una posición prácticamente fetal. En un momento dado carraspeó y les lanzó un esputo cerca de los pies. Cerró los ojos y volvió a reclinar su cabeza entre sus rodillas, ignorándoles.

—Pobre mujer —volvió a pensar a la velocidad del rayo—. Seguro que no está bien. ¿Cómo va a estarlo en esas condiciones?, con el frío que hace, con lo poco que ha tenido que comer.

Se le aproximó e intentó consolarla de alguna manera, dejar de manifiesto que no le importaba que solo un segundo antes le hubiese escupido, darle unos céntimos como solía hacer y como de hecho hizo unas horas antes al lado de su casa con una compatriota suya a la que tanto se parecía.

La indigente no le prestó ninguna atención ni a él ni al americano que tenía a su lado. Solo susurraba algo parecido a una oración o una letanía. Levantó la mirada sin dejar de recitar y los ojos se clavaron en los suyos sin piedad, sin compasión. Le dolió; sintió en su corazón un terrible pinchazo como nunca lo había notado antes, como si el peso de alguna culpa recayera sobre él con desmesurada violencia. Pero no había hecho nada, era una buena persona, un

bien pensador que conscientemente nunca había hecho daño a nadie. Cómo se atrevía aquella mujer, aquellos ojos, a culpabilizarle de nada.

Instantes después, varió la dirección de aquellas estrellas apagadas en medio de las cuencas reseca que las albergaban. Ahora su víctima era aquel timorato ser que esperaba ansioso subir para vaciar sus testículos. De nuevo la misma letanía, la misma oración, el mismo dolor en el corazón. De nada habían servido los céntimos que le había dado anteriormente ni los que el recién llegado también le entregó. Aquellas miserables monedas en nada podían alterar el devenir de su destino, destino que quizá aquella abuela les estuviese desvelando y del que no parecían enterarse en absoluto.

Desistieron de seguir hablandole; no parecía entrar en razón y todo el tiempo que se invertiese en ella era un tiempo perdido.

—Bien, muy bien. Que tenga una buena noche, caballero, y usted también, señora —sonrió cortésmente mientras tomaba rumbo a su destartado vehículo mutilado aquella misma tarde.

—Lo mismo le deseo —respondió el cliente de Karmen.

Una última mirada a la mujer y comenzó a caminar con la misma desgana con la que bajó las escaleras.